

Crónicas ferroviarias

Hilda Guzmán Montelongo



Capítulo 1

CRONICAS FERROVIARIAS

“La culpa la tuvo el Presidente”, así lo dice. ¿Y cómo no voy a creerle, si él lo vivió en carne propia? Cada vez que nos vemos me cuenta cómo llevaron a la quiebra a la compañía, cómo engañaron al pueblo y a los trabajadores asegurándoles que solamente la intervención de la Iniciativa Privada podría salvar a los ferrocarriles, cómo finalmente se resquebrajó y se fragmentó nuestra familia, familia creada y unida por las vías ferroviarias.

«Dos fiestas se celebraban siempre en grande en nuestra familia: la de San Miguel y el Día de los trabajadores del ferrocarril». En esos días, sin importar dónde anduvieran, los dieciocho hijos de mi bisabuelo Miguel, todos ellos trabajadores de ferrocarriles, volvían en compañía de sus propias familias para reunirse en una sola casa. Eran muchos los MIGUELES –dice mi abuelo.

Claro que por parte de mi abuela también vengo de ferrocarrileros, pero su familia no alcanza las dimensiones de la de mi abuelo, además de que muchos de sus parientes nunca trabajaron en el tren, así que de ellos fue una minoría la que se vio directamente afectada. De cualquier forma, mi abuelo considera que muchos hidrocálidos (o sea, los de Aguascalientes), sin ser empleados de ferrocarriles, subsistían gracias a ellos, por lo que la crisis económica y laboral de hoy es en gran parte consecuencia del cierre de la compañía. “Mira si no, dónde andan tus familiares, desparramados por todo el país e incluso de ilegales al otro lado, sin un tren que con seguridad los traiga de regreso a nuestra tierra”.

La casa de mis abuelos que yo conocí estaba casi al lado de la estación de trenes y del taller. Igualmente se encontraban bastante cerca las casas de algunas de mis tías. La vida de la familia estaba regida por el tren y no por el repique de las campanas de la iglesia como en muchos otros lugares. A las 5:30 sonaba el silbato del taller llamando al trabajo a los talleristas que comenzaban su jornada a las 6 de la mañana, de la misma forma se anunciaba la comida y la hora de salida. Era ese mismo silbato del taller, con un bramido grave y prolongado, el que comunicaba todas las desgracias. A veces, dependiendo del caso, podía escucharse a las locomotoras haciendo coro. Mi abuelo dice que también en las fiestas se oían los silbatos de las máquinas y del taller, pero que su sonido era otro, de la misma manera que no se parece el llanto de un velorio al grito de un mariachi alborotado.

Mi bisabuelo fue peón de vía en la época en que todos los demás puestos estaban reservados para los estadounidenses. Como trabajaba en el tendido de las vías, tuvo que recorrer pueblos y ciudades desde el sur de Jalisco hasta el norte del país. Cuando iba hacia la estación de Adames, donde más tarde nacieron todos sus hijos, se llevó a mi bisabuela que en aquel entonces tenía 14 años y que había salido de su casa para llevar agua del río.

Mi abuelo, igual que su madre, también comenzó su vida de adulto a los 14 años. Con el tiempo se hizo telegrafista y se convirtió en el orgullo de la familia que hasta entonces sólo tenía peones de vía, garroteros, maquinistas y talleristas. "Porque has de saber, dice mi abuelo, que los oficinistas eran algo así como los intelectuales del ferrocarril y se sentían una clase privilegiada, aunque un telegrafista, por ejemplo, no ganaba tanto como un garrotero o un maquinista".

Mi abuelo bien sabe lo que era la vida errante de un ferrocarrilero mexicano de mediados del s. XX, ya que anduvo alrededor de 10 años de una estación a otra, pero quien más sufrió durante esa época fue mi abuela. En ocasiones le tocaba vivir con sus niños al lado de las vías del tren y al no existir más que la casa que habitaba y la estación, su único entretenimiento era mirar cómo pasaban los trenes y a veces, la visita rápida de algún pariente que llegaba en cualquier tren carguero de la mañana y se iba en otro de la tarde. Por la noche, mientras mi abuelo estaba de guardia en la estación, se oía bajar a los coyotes y merodear buscando un hueco en la barda para robarse las gallinas. Porque mi abuela tuvo que criar gallinas y conejos, ya que para ir a la tienda había que hacerlo en tren.

De cualquier manera, mi abuelo dice que ella tuvo suerte de casarse con un telegrafista y no con un peón de vía, cuya vida transcurría en casas improvisadas en un vagón de carga que en cierto momento junto con otros era enganchado a una máquina y trasladado a otro sitio. Esas casas se veían muy pintorescas con sus macetas en las ventanas y la chiquillería sentada a la puerta deleitándose con el fresco que levantaba el mismo movimiento del tren. "¿Y te imaginas si se hubiera casado con un garrotero o un maquinista? Todo el tiempo sola y cuando el marido volviera, lavando ropa llena de grasa y tizne y temiendo la llegada del llamador que podía aparecer incluso en la noche para llamarlo al siguiente viaje".

Mi abuela tiene su propia opinión al respecto. De ella he escuchado nombres que a mi oído le suenan mágicos: Fresnillo, Huichapan, Paredón, Cuatrociénegas... y que a ella le recuerdan viajes en tren cuidando de sus nueve niños, cada uno con su mochila al hombro.

Capítulo 2

EL VIAJERO

Para Miguel Guzmán Martínez.

-1-

Ni siquiera me dieron un poquito de tiempo para despedirme de Marcos. Yo no quería marcharme, pero papá le dijo a mamá que nos reuniéramos con él en la estación a donde lo enviaron. Yo no entiendo bien por qué no le dan la planta, aunque papá me ha explicado; pero me imagino que el tipo ese que se encarga de repartir los trabajos de planta está sordo, porque no ha oído que todos dicen que papá es el mejor telegrafista. Yo creo que algún día le quitarán el puesto a ese señor, lo malo es que mientras esperamos que lo cambien por otro, él nos sigue mandando de aquí para allá y de allá para acá. Por eso mis hermanos y yo no hemos estudiado mucho; bueno, la verdad es que yo prefiero buscar a Marcos que ir a la escuela. Marcos no se queda mucho en una estación. Cuando apareció en el pueblo, Genaro y Pedro me llevaron a conocerlo, dijeron “vamos con el loco del columpio” y fuimos; pero Marcos dormía.

—¿Te dormiste, Carlos?

—No, mamá.

—Salte de ahí, te vas a llenar de grasa.

El piso de los trenes, entre los asientos, siempre tiene grasa o aceite o cera o chapopote o ¡qué sé yo! A mí me gusta meterme en una como covachita que se forma en donde se juntan los respaldos de los asientos. Mamá se enoja porque la ropa se mancha de chapopote o de lo que sea, dice que salgo todo chorreado igual que los talleristas y los garroteros. Hace unos días le platiqué a Marcos que de grande quiero ser garrotero para subirme a los trenes y refugiarme en mi covachita sin que nadie me regañe; porque cuando el tren va repleto de gente, nomás aquí se puede estar solo. Mis hermanos pelean por sentarse junto a la ventanilla para mirar todo lo que pasa a nuestro lado. Yo ya conozco cualquier ruta casi de memoria, ellos no porque todavía son chicos. Luego que cumplan mi edad ya no les importarán las ventanillas.

— Carlos, dice mamá que me dejes tu lugar y te vayas al mío porque tengo sueño y allá no puedo acostarme.

—¡Mentiroso!

—¡Mamá!, no quiere.

—¡Carlos!

—Ya voy, mamá.

—Ni que estuvieras tan chiquito, Carlos, ya no te quedan esos berrinches; tú eres el mayor y tienes que ayudarme con los niños.

—Sí, mamá.

—¿A dónde vas?

—Al baño.

Caminaré hasta el último vagón, allí hay un rinconcito. Ya está muy oscuro y el auditor no se dará cuenta. Ojalá me dejen en paz.

—¡No te tardes!

Afuera el viento sopla con fuerza.

A Marcos le gusta columpiarse cuando hace mucho aire, él dice que un día de viento volará muy alto hasta perderse en el cielo.

Un garrotero pasa gritando el nombre de la estación siguiente, los grillos lo repiten. El canto de los grillos se parece al ruido del telégrafo. Papá maneja el aparato del telégrafo con una mano y escribe con la otra, un día yo tendré que hacer lo mismo.

El tren se detiene y los pasajeros bajan empujándose. Cerca del andén, un hombre se columpia feliz entre los árboles, levanta el rostro y me sonríe.

—¡Marcos! ¡Marcos!

Corro hacia él, lo veo esconderse en el caserío y voy en su busca.

Muy despacio, el tren reanuda su camino por los rieles. Lo miro alejarse. Mamá me hace señas desde una ventanilla, le digo adiós.

(continúa en la siguiente)

Capítulo 3

-2-

Esta noche los grillos guardan silencio. No puedo dormir. Las linternas de los garroteros me permiten examinar las sombras que nos rodean, inútilmente trato de distinguírte a través del cristal, Marcos. Me levanto y camino hacia la puerta del vagón. Mi mujer y los niños duermen inquietos.

—¿Carlos?

—¿Qué quieres?

—¿A dónde fuiste? Tengo frío y estoy cansada. Es imposible dormir así. ¡Te dije que regresáramos en coche dormitorio!

—Contemplaba el camino desde la puerta.

—¡Lo sabes de memoria! ¿Pensabas en tu padre?

Tu recuerdo me distrajo de la muerte de papá. En el cementerio algún niño murmuró que te vieron merodeando por los parques y jardines, seguramente buscabas dónde instalar tu columpio.

—¿Nos dejarás subir al columpio, Marcos?

—No.

—¿Qué tienes?

—Tristeza.

Te columpiabas violentamente y tus palabras se apagaban en el aire mientras intentábamos adivinarlas.

—¿Nos contarás algo, Marcos?

—No.

—Hace una semana que no quieres platicar, te vuelves viejo.

Papá envejeció vagando por las estaciones, sin querer establecerse en un lugar determinado. Siempre sentí un poco de rechazo por su vida de telegrafista errante, es una lástima que él se ilusionara creyendo que yo

seguiría sus pasos. Nadie lloró cuando papá agonizaba.

—Ven a sentarte, Carlos.

—Ahorita.

—¿Qué tanto haces ahí? Puedes resfriarte con la lluvia.

—¿Qué haces cuando llueve, Marcos?

—Me columpio. ¿A quién no le gusta mojarse?

—¿No preguntas por qué no vino Daniel? Lo castigaron en el sótano.

¿Alguna vez te encerraron en uno?

—No. O quizá sí. Pudo haber sido una ocasión en que no asistí a la escuela.

Muchos días escapé de clases para escucharte mientras estabas con nosotros y cuando te ibas permanecía en nuestros oídos el eco de tus historias.

—...Eso fue cuando tomamos el pueblo. Pero luego los mayores volvieron a esclavizarnos y no quedó otro remedio que oír tonterías en los pupitres.

—¿Por qué te llevaron al sótano?

—Porque me robé un pájaro enjaulado y lo dejé volar.

—¡No somos tontos, Marcos! Habías dicho que por no ir a la escuela.

—¿De verdad?

Suavemente detuviste el columpio y abandonaste tu vuelo. Te rodeamos. Maldijiste a la luna porque su luz espanta a los grillos y los hace cantar de miedo.

—¿Por qué tan callado, Carlos? No pienses en cosas tristes, te hace daño.

—Duérmete, Martha.

De pronto ya no puedo revivir nuestras charlas, Marcos. ¡Hace tanto que no te veo! Espero que me recuerdes cuando tu auditorio falle a la cita diaria y se quede en casa defendiéndose del frío.

—Hoy nadie vino, Carlos.

—Yo estoy aquí, Marcos.

—Esperé largo rato. Creí que tú tampoco vendrías.

—Hoy nevará. Nuestros padres no quieren que enfermemos.

—Me voy en el tren de la noche.

—¿Volveré a verte, Marcos?

—Si tu familia continúa peregrinando de una estación a otra, claro que sí. Ahora vete.

Me fui llorando. Tú te columpiabas riendo.

—Carlos.

—Mmh.

—El niño tiene hambre, ve a comprarle algo.

Camino abriéndome paso por entre las personas que inundan los pasillos. Regreso. Me pareció descubrir tu rostro en alguno de los vagones, Marcos. Sonrío. Alguien anuncia la siguiente estación, su voz se confunde con el silbato del tren. Me recuesto en el asiento.

(continúa en la siguiente)

Capítulo 4

-3-

Estos viajes me fatigan. Sobre todo por mis nietos que neciamente intentan mecerse en mis rodillas. Martha ríe y los mima. Ya no se queja de las incomodidades del ferrocarril. Pasa las horas entreteniendo a sus nietos con estúpidas historias que a nadie convencen. ¡Si ella hubiera conocido a Marcos!

El tren se desliza ruidosamente sobre los rieles. Me restriego los párpados tratando de limpiarme el sueño que me envuelve.

—Abuelito, ¿nos cuentas un cuento?

—No. Vayan con su abuela.

Los niños me olvidan un momento.

En ocasiones Marcos también parecía odiarnos.

—Abue, ¿te llevo al baño?

Me duelen las piernas y camino apoyado en mi nieto que me guía firmemente.

—¿Estabas enojado, abuelito? Un señor nos dijo que la estación siguiente es la nuestra.

Supongo que hace bastantes años que Marcos falleció. Con frecuencia sueño un columpio abandonado.

Capítulo 5

NO SER COMO ELLA

Eso fue lo que decidí en cuanto llegué a la edad adulta. Desde los cinco años mi madre había intentado inculcarme el sentido de la responsabilidad por los quehaceres de la casa y el cuidado de los hijos. Acabé odiando todo lo que tuviera que ver con la vida del hogar como resultado de años de cumplir con obligaciones que yo creía que no me tocaban, como cambiar pañales a mis hermanos pequeños y lavarlos, ya que era una época en la que aún no había deshechables, o preparar biberones o bañar a los más pequeños y cuidar de ellos mientras mi madre se ocupaba de las demás tareas. Mi padre era telegrafista del ferrocarril y decidí que, aunque no fuera ese un oficio de mujeres, yo sería como él. Conseguí que me enseñara el alfabeto y juntar palabras de esa forma, pero después de varios meses de regaños no logré escuchar lo que el telégrafo transmitía. «Dedíquese a otra cosa, m'hija», me dijo mi padre, «además este trabajo no es para una señorita, la traerían de un lugar a otro... hasta en estaciones solitarias podría tocarle». Cualquier regaño lo hubiera soportado, pero cuando se le ocurrió decirme que para qué me empeñaba en aprender algo que dejaría al poco tiempo, en cuanto me casara, se me revolvió todo dentro de pura rabia y eso logró destaparme las orejas. Casi como un milagro empecé a recibir la llamada del jefe de estación de Fresno. «Ahora sí, m'hija, ya se le pasó la sordera», me dijo mi padre con una sonrisa pícaro. Seguí practicando con él hasta que pude sentar escalafón en una estación cercana, pero como a él también lo mandaban de un lugar a otro, finalmente tuve que decidirme a hacer mi trabajo sola, sin pensar en si él estaría o no en la estación siguiente. A veces él andaba en el sur y yo en el norte, y no nos veíamos más de una vez al año, pero la base que me había dado era suficiente para que yo continuara sola escuchando el telégrafo sin dejarme ganar por los nervios y la sordera que provocan.

Capítulo 6

LA ENCANTADA

Le parecía que llevaba mucho tiempo viviendo ahí. Muchas noches. Interminables.

Antes de que les tocara "La Encantada" tuvieron que peregrinar bastante por otras estaciones de Coahuila, como Barroterán, Sabinas, Múzquiz, Paredón... Todas pequeñas en una zona muy árida. En esta no había nadie cerca, únicamente el telegrafista en la estación y ella esperando en la casa que les dieron. Era de madera y por supuesto, estaba al lado de las vías del tren. Por las noches podía escuchar el ruido de las ruedas sobre los rieles y sentir cómo retumbaban las paredes a su paso aunque no distinguiera nada. Solo oscuridad. A ratos creía que eran alucinaciones suyas y que no pasaba nada o le daban ganas de echarse a correr detrás de alguno de esos trenes para llegar a una estación habitada o tal vez para regresar a la casa de sus padres, aunque sus padres estaban tan lejos que no sabría hacia dónde ir y menos a ciegas, entre las tinieblas de "La Encantada". Se repetía "debo esperar", una y otra vez, "debo esperar", como si rezara.

En cuanto clareaba, podía distinguir a lo lejos una nopalera con tunas amarillas y un poco más allá algunos huizaches, entre los que se veía el tren de la madrugada alejándose muy despacio mientras en la cola un garrotero respondía con el brazo a las señales que le llegaban de los carros delanteros. A veces les gritaba preguntando por su esposo que también era trenista, pero no alcanzaban a oírla.

"Debo esperar", se repetía, y ocupada en el quehacer poco a poco se iba tranquilizando. Hasta que de nuevo cayera la noche en "La Encantada".

Capítulo 7

EL REGIOMONTANO

Ahí la noche caía sin ruido de pájaros porque no había árboles ni arbustos por ningún lado. La casa estaba plantada en un llano de tierra dura y seca. Frente a ella se extendían las vías del ferrocarril por donde pasaba dos veces al día “El regiomontano”, primero de ida y luego de vuelta. Sobre los carros a veces venía Pancho, su primo, que le tiraba alguna piedra a la azotea para avisarle; entonces ella salía corriendo para intercambiar unas cuantas frases a gritos y así se enteraba de las noticias de la familia. Desde pequeña decidió que no quería pasar toda su vida en el pueblo donde había nacido, por eso se fue con el que era su esposo, pensando que sería mejor casarse con un telegrafista del ferrocarril y no con un ranchero, como lo hicieron sus primas. En ocasiones, Pancho se ponía de acuerdo con el maquinista para que pasara más despacio por aquella estación y le dejaba algún costal de maíz o de frijol que le enviaban sus padres, además de alguna carta de su hermano; de sus padres los saludos eran siempre de palabra. alguna vez, arriesgándose a que lo amonestaran, Pancho llegó a bajarse del tren para saludar a sus sobrinos. La mujer lo esperaba siempre con mucha ilusión y después se quedaba recordando el río y los árboles y el canto de los pájaros cuando anochecía en su pueblo. Al recibir a su marido que volvía de la estación, le preguntaba si se acordaba del barullo de los gorriones chileros en los campos cuando recogían la cosecha. Él había salido muy chico del pueblo y para vivir le bastaba escuchar el chicharreo del telégrafo y el silbato de los trenes. Un día, cansado de ver que su mujer dejaba su melancolía solamente cuando Pancho pasaba en “El regiomontano”, sin decírselo a ella, le pidió al primo que procurara cambiar de ruta, que los mensajes de la familia los enviaran a la estación y él se los daría a su esposa. Pancho así lo hizo y sin avisarle a su prima, se fue a recorrer pueblos en “El veracruzano”. Ella se quedó atisbando las vías del tren y quejándose del silencio de los alrededores hasta que en su cumpleaños, su esposo le regaló unos periquitos y un par de canarios traídos desde Saltillo.